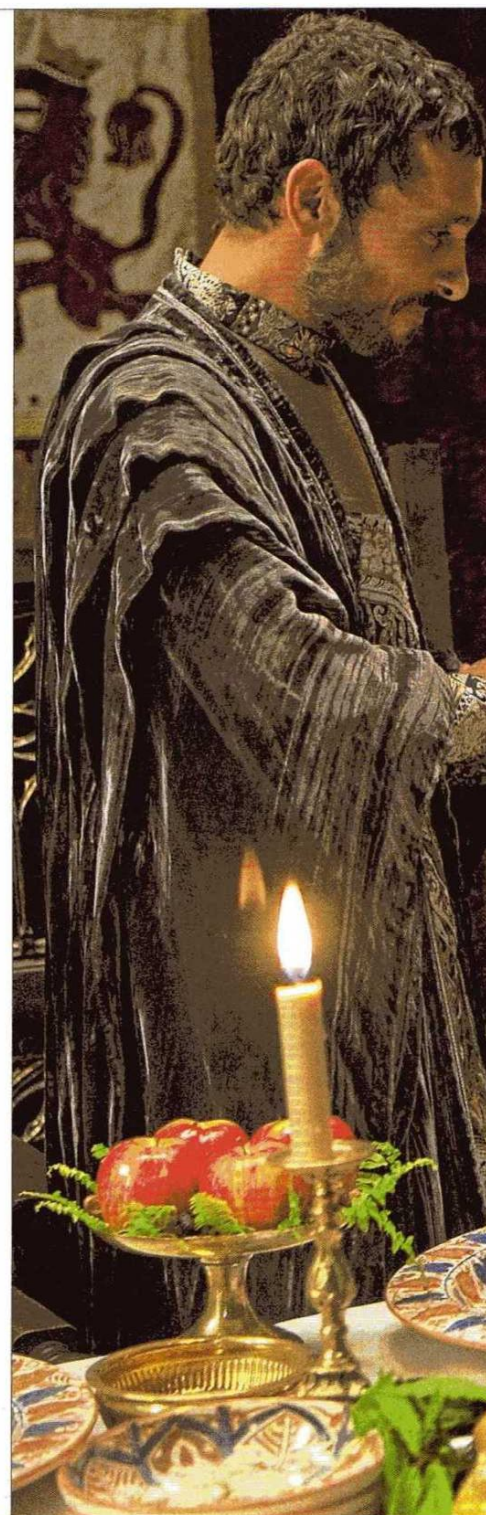


1451-1474, LA FORJA
DE UNA REINA

ISABEL, CAMINO HACIA EL TRONO

NO ESTABA PREVISTO QUE SUCEDIERA A SU HERMANASTRO ENRIQUE IV, PERO LAS BANDERÍAS NOBILIARIAS QUE ENTURBIARON AQUEL DIFÍCIL REINADO ABONARON LA AMBICIÓN DE LA INFANTA POR ACCEDER A LA CORONA CASTELLANA. CON MOTIVO DE LA EMISIÓN EN TVE DE UNA SERIE SOBRE LOS AÑOS DE SU JUVENTUD, **JOSEPH PÉREZ** RECUERDA LA DECISIVA PERIPECIA HISTÓRICA QUE LA CONVERTIRÍA EN ISABEL LA CATÓLICA



L

A FUTURA ISABEL I DE CASTILLA nació el 22 de abril de 1451, en Madrigal de las Altas Torres. Era hija del rey Juan II (1405-1454) y de su segunda esposa, la infanta portuguesa Isabel, mujer de singular hermosura, según el marqués de

JOSEPH PÉREZ. CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE BURDEOS III.

Santillana: "Dios la hizo tan perfecta como si Giotto la hubiera retratado". Sin embargo, la Reina no andaba bien de la cabeza; no es que estuviera loca, pero padecía trastornos mentales que se agravaron con el tiempo, sobre todo a partir de la muerte de su marido, en julio de 1454. Cayó entonces en una grave depresión de la que nunca pudo salir y decidió encerrarse en la villa de Arévalo, en la que permanecería hasta su muerte, en 1496.

Con Isabel de Portugal entró la semilla de la locura en la casa real de España. Su nieta, Juana la Loca, presentó las mismas señales cuando murió su marido Felipe el Hermoso, en 1506. Algo semejante ocurrió con su tataranieto, el príncipe don Carlos, hijo de Felipe II, y ¿qué decir del último monarca de la Casa de Austria española, el desdichado Carlos II?

En Arévalo, pasó su infancia la futura reina Isabel, junto con su herma-

ISABEL DE CASTILLA (Michelle Jenner) y su hermano ALFONSO (Víctor Elías) presiden un banquete en la serie ISABEL, producida por TVE y con dirección de Jordi Frade y Javier Olivares.



LAS CLAVES

HERENCIA IMPROBABLE. A Juan II le sucedió su primogénito Enrique IV; si éste moría sin descendencia, le seguirían el infante Alfonso y sus herederos y, sólo en tercer lugar, el trono correspondería a Isabel.

CONFLICTO A SU FAVOR. Un sector nobiliario consideró ilegítima a Juana, la hija de Enrique IV, y apoyó a Alfonso. Muerto éste, Isabel no cejó en su ambición hasta convertirse en reina.

no Alfonso, nacido en 1453, hasta que, en 1461, su hermanastro, el rey Enrique IV, decidió llevarse a los dos niños a la Corte, tal vez para darles allí una educación conforme a su rango, pero más probablemente para someterlos a una vigilancia estrecha, ya que, en el ambiente político de la época, aquellos niños podían representar una amenaza, si llegaban a quedar en manos de un bando hostil al monarca reinante. Pues la nobleza feudal—aqueños aris-

tócratas de nuevo cuño que habían prosperado durante las guerras civiles que asolaban a Castilla desde mediados del siglo XIV—buscaba con afán riquezas, tierras, pensiones e, incluso, le disputaba el poder efectivo al titular de la Corona, Enrique IV, un monarca

más bien débil, que se defendía muy mal, porque no le gustaba derramar la sangre de sus vasallos.

Por otra parte, la Corte distaba mucho de ser un modelo de virtudes. Allí se llevaba una vida alegre, sin escrúpulos morales, una vida de li- ➤➤

► bertinaje, y la misma Reina—la portuguesa Juana, segunda esposa de Enrique IV—, se veía censurada y motejada por su conducta muy poco edificante. Es probable que de aquella experiencia le viniera a Isabel la Católica el puritanismo al que alude el cronista Palencia: todavía en 1495, a la edad de cuarenta y cuatro años, la reina Isabel tomaba la precaución, cuando Fernando estaba ausente, de dormir rodeada de sus hijas o con sus damas de compañía.

Es casi seguro que, en la Corte de Enrique IV, la infanta Isabel también debió de sentir una profunda humillación al ver cómo los nobles burlaban y menospreciaban la autoridad real

y cómo el bien común y el patrimonio regio estaban sin amparo, presa de las ambiciones y la codicia de los mismos nobles.

Si se presentaba la ocasión —debió pensar— ella tendría buen cuidado en corregir aquellos abusos. Y ésta se presentó a partir de los años 1460, cuando la cuestión sucesoria vino a enredarlo todo en la vida política de Castilla.

EL CONFLICTO SUCESORIO.

Juan II se había casado dos veces. De una primera unión con María de Aragón había nacido un hijo, el futuro rey Enrique IV; de un segundo matrimonio con Isabel de Portugal tuvo una hija, la futura Isabel la Católica, y un hijo, el infante Alfonso, nacido en 1453. En su testamento, Juan II había fijado de esta manera el orden de sucesión al trono: primero, Enrique y sus descendientes; luego, Alfonso y sus descendientes; por fin, Isabel.

Ésta, aunque mayor que Alfonso, venía después, ya que, en Castilla, la corona se transmitía por vía de primogenitura, pero los varones tenían preferencia sobre las hijas. Enrique IV, ya rey, también se casó dos veces: la primera con Blanca de Navarra, pero, pese a doce años de vida en común, no pudo consumar el matrimonio que, por este motivo, fue anulado en 1453. En 1455, se volvió a casar con Juana, hermana del rey Alfonso de Portugal y, al cabo de siete años, en 1462, la reina dio a luz a una niña, Juana,



ISABEL DE PORTUGAL, segunda esposa de Juan II y madre de los infantes Isabel y Alfonso; al enviudar en 1454 se encerró en Arévalo, donde transcurrieron los primeros años de sus hijos, arriba. ENRIQUE IV DE CASTILLA, el primogénito y sucesor de Juan II no pudo atajar las conspiraciones nobiliarias que apartaron a su hija Juana del trono con el que se alzó Isabel, izquierda.



que las Cortes, reunidas en Madrid aquel mismo año, reconocieron como heredera del trono.

Pronto, sin embargo, se empezó a murmurar. Se dijo que Enrique y Juana, que eran primos hermanos, se habían casado sin dispensa canónica; por tanto, el matrimonio no era válido y la hija nacida de aquella unión era ilegítima. Otros iban más lejos y decían que aquella niña no era hija del Rey, sino de un noble, Beltrán de la Cueva, de ahí el apodo con el que se la motejó: Juana la Beltraneja.

Una importante fracción de la nobleza castellana empezó entonces a conspirar y se sirvió de aquellos rumores para tratar de arrebatarse el trono a Enrique IV. El Rey, incapaz de reprimir por la fuerza aquella oposición —o tal vez con la intención de ganar tiempo—, no

tuvo más remedio que desheredar a su hija —aunque sin declararla ilegítima— y reconocer a su hermanastro Alfonso como

EN LA CORTE DE ENRIQUE IV LA INFANTA ISABEL DEBIÓ DE SENTIR UNA PROFUNDA HUMILLACIÓN AL VER CÓMO LOS NOBLES MENOSPRECIABAN LA AUTORIDAD REAL



Fotograma de la serie **ISABEL**, que reúne en una escena intimista a la joven princesa con su hermano Alfonso y su madre, la reina viuda.

heredero del trono. Los nobles rebeldes no se contentaron con esto. En una ceremonia grotesca —la farsa de Ávila, celebrada el 5 de junio de 1465—, quitaron a Enrique IV el título de rey y proclamaron en su lugar a su hermano Alfonso.

HACIA EL PODER EN TRES ETAPAS. La muerte repentina de Alfonso, el 5 de julio de 1468, le ofreció a su hermana Isabel la oportunidad de situarse en el primer plano y de reivindicar para sí misma un papel político: consideró nada menos que a ella correspondía el derecho de suceder a Enrique IV en el trono. Empezó entonces su marcha hacia el poder supremo, una marcha que pasó por tres etapas: reivindicó primero el título y la dignidad de princesa de Asturias; decidió casarse con el heredero de la Corona de Aragón, Fernando, y, por fin, a la muerte del rey Enrique IV en 1474, se autoproclamó reina y propietaria de Castilla.

Al enterarse de la muerte de su hermano Alfonso, Isabel inició gestiones con el rey Enrique IV para conseguir que se la reconociera como heredera del trono y, por tanto, princesa de Asturias. Tuvo la habilidad de no declararse rei-

na; sólo exigió de su hermanastro que aceptara su reivindicación sucesoria y desheredara otra vez a su hija Juana. En el llamado Pacto de los Toros de Guisando (18 de septiembre de 1468), Enrique IV aceptó aquellas condiciones: en menoscabo de los derechos de su

hija, aceptó que Isabel fuera considerada como princesa de Asturias y heredera del trono.

Con el Pacto de los Toros de Guisando, Isabel había conseguido atraer hacia su partido a una facción de los nobles rebeldes, entre ellos al arzobispo de Toledo, Alfonso Carrillo. Pero, para llegar al poder supremo, necesitaba, además, apoyos internacionales. No podía esperar nada de Portugal, que estaba a favor de Enrique IV. Para contrarrestar los planes de su hermanastro, buscó la alianza de Aragón: decidió casarse con Fernando, el heredero de aquella Corona. El matrimonio se celebró contra la voluntad de Enrique IV, en Valladolid, el 19 de octubre de 1469.

Isabel y Fernando eran primos segundos; necesitaban, pues, una dispensa canónica que la Corte de Aragón se encargó de obtener. ¿Existía tal dispensa el día en el que se celebró el matrimonio? Probable-

mente no, pero la Corte aragonesa debió de calcular que, si las cosas terminaban bien, la Santa Sede no tendría ningún inconveniente. ➔



ISABEL DE CASTILLA Y FERNANDO DE ARAGÓN, un matrimonio conveniente para las ambiciones de ambos y el futuro de sus reinos.

» niente en otorgar la dispensa *a posteriori*. Y así fue, efectivamente, como ocurrió.

Enrique IV murió en la noche del 11 al 12 de diciembre de 1474. Isabel, que estaba entonces en Segovia, procedió inmediatamente a celebrar un oficio religioso en memoria del rey difunto, pero no se preocupó de nada más. Sería el cardenal Pedro González de Mendoza quien mandó edificar a sus expensas un sepulcro y fundó, también a sus expensas, dos capellanías perpetuas por el alma de Enrique IV.

AUTOPROCLAMACIÓN EN SEGOVIA.

Mientras tanto y sin dilación, Isabel se autoproclamó reina de Castilla y León el día de Santa Lucía (13 de diciembre). Los pocos nobles y prelados presentes, así como las autoridades de la ciudad, prestaron juramento ante ella. Los heraldos hicieron la proclamación de la siguiente forma: "¡Castilla, Castilla, Castilla, por la muy alta poderosa princesa e señora, nuestra señora la reyna doña Isabel, y por el muy alto e muy poderoso príncipe rey e señor, el rey don Fernando como su legítimo marido!". Isabel salió entonces de la iglesia de San Miguel y, montada a caballo, recorrió las calles de la ciudad; uno de sus consejeros, Gutierre de Cárdenas, abrió el desfile, blandiendo en la mano derecha una espada desnuda como símbolo del poder real y de la justicia.

Cuando se desarrollaban aquellos actos, Fernando estaba en Aragón. Al co-

seaba: se le dieron grandes prerrogativas y amplios poderes que lo equiparaban de hecho con su esposa, pero quedó definitivamente claro que él no



La REINA ISABEL, por Bigarny. Según el cronista Fernando del Pulgar "era de mediana estatura, muy blanca y rubia, con los ojos entre verdes y azules".

dudablemente. Cabe, por tanto, suponer que, al servicio de aquella ambición, actuó un grupo de expertos que le suministraron los argumentos decisivos y la asesoraron en sus gestiones.

Se sabe poco de aquellos hombres que, hasta la proclamación de Segovia, actuaron siempre con suma discreción: Gonzalo Chacón, que fue su mayordomo, Alonso de Quintanilla, Gutierre de Cárdenas, Gómez Manrique, el futuro cronista real Alfonso de Palencia... Ellos fueron los que hicieron que la princesa llegara al poder.

Por otra parte, Isabel no se arredró ante nada para llegar al puesto que le asignaba su ambición. Actuó siempre con energía, por ejemplo, cuando se trató de dejar a su marido Fernando en un segundo plano. A veces, incluso, dio pruebas de un ánimo acérrimo, al conculcar como hizo los derechos de su sobrina, la mal llamada Beltraneja, e imponerle unas condiciones muy duras, en 1479, en Alcañices, después de la victoria alcanzada en la guerra de sucesión. Juana se vio condenada a pasar el resto de su vida en un convento portugués; tanto era el recelo que su persona inspiraba a la reina Isabel.

Juana era probablemente la hija de Enrique IV y, como tal, heredera del trono de Castilla. ¿Tenemos, pues, que ver en Isabel la Católica una usurpadora? La cuestión es más compleja de lo que parece: la legitimidad no la tuvo de Derecho, pero le vino de hecho, por el ejercicio del poder. Como muy bien dice Alfredo Alvar, Isabel fue una reina usurpadora, pero una reina legitimada. ■

AQUELLA DETERMINACIÓN SUPONE UNA EXPERIENCIA POLÍTICA Y UNOS CONOCIMIENTOS JURÍDICOS DE LOS QUE UNA MUCHACHA DE DIECISIETE AÑOS CARECÍA

nocer la noticia, enseguida se puso en marcha para reunirse con su esposa, muy descontento a lo que parece porque sólo se le había tratado de rey consorte, sin darle participación en el poder. No era lo que esperaba, pues él se consideraba, por línea de varón, como el más directo sucesor de Enrique IV. Fue precisa la intervención de dos prelados —Carrillo, arzobispo de Toledo, y el cardenal Mendoza— para que los cónyuges llegaran a un acuerdo. Así y todo, Fernando no obtuvo lo que de-

era más que rey consorte. Isabel transigió en la práctica, pero no en el Derecho: la reina propietaria de Castilla seguiría siendo ella y sólo ella.

LA TRASTIENDA DE SU AMBICIÓN. Resulta muy llamativa la determinación con la que procede Isabel cuando decide, en 1468, reivindicar para ella la Corona de Castilla. Aquella determinación supone una experiencia política y unos conocimientos jurídicos de los que una muchacha de diecisiete años carecía in-



AZCONA, T. DE, *Isabel La Católica*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2002.
FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Isabel la Católica*, Madrid, Espasa, 2003.
PÉREZ, J., *Isabel y Fernando, los Reyes Católicos*, San Sebastián, Nerea, 1997; *Isabel la Católica, ¿un modelo de cristiandad?*, Granada, Almed, 2007.
SUÁREZ, L., *Isabel I, Reina*, Barcelona, Ariel, 2ª ed., 2012.